

LA CRISIS ECOLOGICA:
¿UNA RESPUESTA EDUCATIVA?

Elías Capriles

Puede parecer extraño que, en una ponencia sobre educación ambiental, comience esbozando una versión *mahayana* de la más básica enseñanza budista, que es la de las cuatro nobles verdades: (1) La vida, como nosotros la vivimos normalmente, implica falta de plenitud, insatisfacción, frustración y recurrente dolor y sufrimiento. (2) Hay una causa de lo anterior, que es un error o delusión que nos hace sentirnos separados de la totalidad *uni-versal*, experimentando la carencia de la plenitud de ésta. (3) Hay una superación del error o la delusión en cuestión, que el budismo llama “Despertar” y que radica en la desocultación no-conceptual de lo *dado* más allá de toda ilusoria fragmentación, y el consiguiente desarrollo de una sabiduría conceptual sistémica. (4) Hay un sendero por el cual podemos —por así decir— desplazarnos desde el estado de *duhkha* y *avidya* hasta el estado de plenitud y *vidya* que los budistas llaman “Despertar”.

Aplicando este esquema a la crisis ecológica, podríamos decir lo siguiente: (1) Enfrentamos una crisis ecológica tan grave que, si todo sigue como va, la vida humana probablemente desaparecerá del planeta durante la primera mitad del próximo siglo. Y, mientras esperamos nuestra extinción, estaremos condenados a vivir en condiciones fisiológica y psicológicamente patológicas, que harán nuestra existencia cada vez más miserable e insoportable y a las cuales un número cada vez mayor de seres humanos será incapaz de adaptarse —como consecuencia de lo cual éstos desarrollarán altísimos niveles de *stress*, se harán adictos a sustancias químicas nocivas, desarrollarán neurosis o psicosis, contraerán graves enfermedades o, en su desesperación, recurrirán al suicidio—. (2) Hay una causa primaria de la crisis ecológica, que es precisamente el error o la delusión que nos hace sentirnos intrínsecamente separados del resto del universo y de los demás seres

humanos, impulsándonos a contraponernos a ellos e intentar dominarlos, y a destruir los aspectos de la naturaleza que nos molestan y apropiarnos los que, según creemos, nos producirán confort, placer y seguridad. Así aparecen las causas secundarias de la crisis ecológica: el proyecto tecnológico de dominio de la naturaleza que ha destruido los sistemas de los que depende la vida, y las divisiones entre razas, naciones, Estados y clases que, en interacción con el mencionado proyecto, están ocasionando la muerte por inanición de miles de millones de seres humanos y podrían llegar a ocasionar la extinción de la humanidad. (3) Puede haber una solución a la crisis ecológica, que consistiría en la erradicación de su causa primaria —el error o delusión que corresponde a (2)— y de sus causas secundarias —el proyecto tecnológico de dominio de la naturaleza y de los otros seres humanos, y la condición de explotación y de profunda desigualdad política, económica y social que caracteriza a la mayoría de las sociedades—. (4) Puede haber un sendero que nos permita superar las causas primarias y secundarias de la crisis ecológica e instaurar una era de armonía comunitaria basada en la sabiduría que nos libera del afán de obtener cada vez más conocimiento manipulador y que nos permite utilizar benéficamente el que ya poseemos.

La analogía entre la realidad a la que el Buda Shakyamuni aplicó sus cuatro nobles verdades y aquella a la que aquí aplico el mismo esquema es notable. Los mecanismos de ocultación que Sartre explicó como “mala fe” o autoengaño por la conciencia y que Freud interpretó como “represión” u ocultación por el “subconsciente”, en combinación con nuestra visión fragmentaria, en el nivel personal nos impiden tomar conciencia de nuestra insatisfacción, y en el nivel de la situación global, son manipulados por la información deformada que recibimos a través de los medios de difusión de masas para impedirnos tomar plena conciencia de la extrema gravedad de nuestra situación actual y hacernos desconocer el hecho de que, a menos que se produzca una transformación radical en la

psiquis humana y en la sociedad, nuestras posibilidades de sobrevivir como especie más allá de la mitad del presente siglo serán escasas. En tanto que no estemos conscientes de la gravedad de la crisis ecológica que enfrentamos, no estaremos dispuestos a emprender las transformaciones necesarias para nuestra eventual supervivencia. El sabio budista Shantideva comparó el *duhkha* con un pelo, el individuo normal con la palma de una mano y el *bodhisattva* o individuo en el sendero con el globo del ojo, diciendo que en la palma de la mano el cabello del *duhkha*, que pasa desapercibido, puede permanecer para siempre, pero en el globo del ojo, en donde su presencia se vuelve evidente e insoportable, tiene que ser extraído de inmediato. También en lo que respecta a la destrucción ecológica tenemos que volvernos tan sensibles como el ojo, de modo que no permanezcamos frente a ella como la rana del experimento citado por Gregory Bateson, que termina siendo cocinada porque no es capaz de sentir el calentamiento progresivo del agua en que está inmersa y por ende no puede reaccionar ante el mismo saltando fuera de la olla. Los individuos económica, social y políticamente privilegiados tienen terror de perder sus privilegios y verse forzados a enfrentar una vida sin automóviles, televisores y otras máquinas inútiles y alienantes, y/o sin poder de mando sobre otros seres humanos. A su vez, quienes se encuentran en una situación económica, social y políticamente desaventajada no se resignan a renunciar a las aspiraciones y metas por las cuales han luchado y soportado dificultades y humillaciones durante la totalidad de sus vidas. Sólo si se nos muestra que las únicas alternativas ante nosotros son (1) el cambio radical y (2) la extinción de la especie después de una desesperante y terrible agonía, estaremos en nuestra mayoría dispuestos a impulsar la transformación que es imperativa.

Así, pues, la raíz de la crisis ecológica es el error denunciado por el Buda, el cual nos hace como los hombres en la oscuridad que en una fábula oriental palparon un elefante y tomaron la trompa por una manguera, las patas por pilares, las orejas por abanicos y así

sucesivamente, pasando por alto la unidad del paquidermo. Sin embargo, dicho error nos hace peores que ellos, pues nuestra sensación de ser entes intrínsecamente separados e independientes del resto de la naturaleza y en general nuestra percepción fragmentaria del universo como un conjunto de entes intrínsecamente separados, autoexistentes e inconexos, nos lleva a desarrollar el proyecto tecnológico destinado a destruir las partes del mundo que nos molestan y a apropiarnos las que nos agradan —y, así, a destruir el sistema único del que somos parte y del que dependemos para nuestra supervivencia—. Incapaces de captar la unidad de la moneda de la vida, desarrollamos poderosos corrosivos para destruir el lado que consideramos indeseable —muerte, enfermedad, dolor, molestias, etc.— y conservar el lado que consideramos deseable —vida, salud, placer, confort, etc.—. Poniendo estos corrosivos sobre el lado de la moneda que queremos destruir, abrimos un hueco a través del numisma y, en consecuencia, destruimos también el otro lado.

A fin de ilustrar el estado de conciencia fragmentaria y restringida inherente a la *avidya* o al error, además del símil de los hombres en la oscuridad con el elefante, el Buda utilizó el ejemplo de una rana que, habiendo estado confinada toda su vida al fondo de un aljibe, pensaba que el cielo era un pequeño círculo azul. Como ha señalado Gregory Bateson, cuando este tipo de conciencia capta un arco, no se da cuenta de que el mismo es parte de un circuito; en términos de un símil muy conocido en Occidente, el árbol individual que se encuentra frente a nosotros no nos permite ver el bosque. En consecuencia, cuando un arco nos molesta, dirigimos en su contra las poderosas armas tecnológicas que hemos desarrollado, destruyendo el circuito del que el arco es parte: prendiendo fuego al árbol que tenemos frente a nosotros, incendiamos el bosque en el que nos encontramos, y con ello ocasionamos nuestra propia destrucción.

Este error o delusión se fue desarrollando a medida que pasaban los milenios, siglos y años, y lo hizo de manera particularmente aguda entre los europeos de religión

judeocristiana —quienes, actuando como Prometeo, los creadores del Gólem o el Dr. Fausto, terminaron desarrollando lo que Bateson designó como “propósito consciente contra la naturaleza”—. A fin de superarlo, como primer paso es indispensable la generalización de la educación ambiental, que debe hacernos conscientes de la gravedad de la crisis que enfrentamos, de modo que no podamos seguir ignorándola hasta que, como la rana del experimento, hayamos perdido la vida por nuestra incapacidad de percibir la amenaza en que se ha tornado nuestro ambiente —o, más correctamente, la medida en que hemos dañado el sistema del que somos parte integral en carne y espíritu.

Ahora bien, aunque la educación debe alertarnos con respecto al problema, ella no es susceptible de solucionarlo, ya que el mismo no depende meramente del manejo por los seres humanos de uno u otro tipo de información, sino, como hemos visto, del estado de su conciencia. Combinando los dos ejemplos que nos comparaban con una rana, podríamos decir que, a fin de evitar ser cocinados, no nos queda otra alternativa que salirnos del aljibe y “volvemos oceánicos”: superar la visión fragmentaria y, alcanzando la visión holística y panorámica que corresponde a la sabiduría sistémica, emprender las transformaciones necesarias para nuestra supervivencia. Por esto E. F. Schumacher escribió:

«Hoy en día, el hombre es demasiado listo para sobrevivir sin sabiduría. Nadie puede decir que esté trabajando verdaderamente por la paz a menos que esté trabajando primariamente por la restauración de la sabiduría.»

El ambientalismo superficial nos pide que no echemos papeles a la calle, pero no exige la transformación de la conciencia, del conocimiento y de la sociedad que son imperativos para la supervivencia. Un ejemplo de la falsa educación ambiental asociada a este tipo de ambientalismo es el afiche-coartada de la Bayer —uno de los principales responsables de la destrucción del ecosistema global— en la entrada de la ciudad de Mérida, que pide a los ciudadanos individuales que mantengan limpio el ambiente a fin de

hacerlos ignorar en qué medida las actividades de dicha compañía amenazan la salud del público y en general del sistema del que depende la vida, y presentarla como defensora del ambiente.

En el nivel de la conciencia, es imperativo superar la fragmentación y las relaciones instrumentales (las cuales, a diferencia de lo que pensó Habermas, no pueden imperar en ningún campo de la actividad humana, pues dadas las características de lo que Freud designó como proceso primario, las mismas se colarán a la totalidad de las áreas de la actividad humana). A nivel del conocimiento, es imperativo superar el paradigma mecanicista cuyo funcionamiento podría ser formulado en términos de la segunda máxima del *Discurso del método* de Descartes: “fragmentar todo problema en tantos elementos simples y separados como sea posible”. En el nivel de la organización de la sociedad, es imperativo superar las desigualdades sociales que permiten que, como lo señala el Reporte Mundial Sobre el Desarrollo Humano del PNUD de la ONU, a escala mundial el 20% de la población que vive en los países más ricos comparta el 86% del consumo privado total, contra apenas el 1.3% para el 20% que vive en los países más pobres; que los primeros usen el 45% de la carne y el pescado, contra 5% en el caso de los segundos; que gasten el 58% de la energía contra el 4%; usen el 84% del papel contra el 1.1%; tengan el 87% de los vehículos contra menos del 1%; el 74% de las líneas telefónicas contra el 1.5%; etc., etc.

El mismo Reporte señala que en 1960 el 20% de la población mundial que vivía en los países más ricos tenía un ingreso 30 veces superior al del 20% que vivía en los más pobres; en cambio, en 1995 el ingreso de los primeros era ya 82 veces superior al de los segundos. La fortuna de las tres personas más ricas del mundo sobrepasa el Producto Interior Bruto acumulado de los 48 países más pobres; el de las 15 personas más ricas iguala la producción de toda el Africa subsahariana; el patrimonio de los 32 más ricos es superior al PIB del Asia del Sur; el de los 84 más ricos sobrepasa el de China con sus 1.200

millones de habitantes. Alrededor de 1.300 millones de personas viven con menos de un dólar por día, y cerca de 3.000 millones con menos de dos dólares. Se calcula que la satisfacción de las necesidades esenciales de la población del Tercer Mundo (*comida*, agua potable, infraestructuras sanitarias, educación, salud, ginecología, obstetricia) costaría unos 40.000 millones de dólares al año, lo cual representa apenas el 4% de la riqueza acumulada por las 225 fortunas mundiales más importantes. El número de individuos incapaces de satisfacer sus necesidades esenciales, que carecen de estructuras sanitarias básicas, de agua potable, de alojamiento apropiado, de sistemas de salud y del consumo mínimo de calorías, proteínas y oligoelementos, etc., en promedio alcanza casi a la mitad de la humanidad. Los Estados Unidos, que se encuentran a la cabeza de los países industrializados en lo que respecta al ingreso medio, son el país industrializado donde la pobreza humana está más generalizada. No menos de cien países del Tercer Mundo han retrocedido seriamente en los últimos treinta años, de modo que el ingreso medio ha disminuido notablemente; en particular, el consumo de un hogar africano medio es un 20% menor que hace 25 años, mientras que el número de personas subalimentadas se ha duplicado entre 1970 (103 millones) y 1990 (215 millones). La quinta parte más rica de la población del planeta es responsable por el 53% de las emisiones de dióxido de carbono, mientras que la quinta parte más pobre no produce sino en 3%. Ahora bien, como señala Dominique Vidal, casi todas las estadísticas que emplea este informe del PNUD son anteriores a 1995, pero ha sido en los últimos años que la radicalización de la crisis económica mundial y la exacerbación de la especulación han producido una mayor depauperación de los más pobres y un mayor enriquecimiento de los más ricos.ⁱ

Lo que se impone es, pues, una Revolución Total que comience por la conciencia humana, se extienda a los paradigmas del conocimiento (pues el paradigma mecanicista imperante ha sido esencial para hacer posible la explotación desenfrenada de la base de la

vida) y transforme radicalmente la organización humana en los planos económico, social, político y ambiental. Sería un error comenzar por este último plano, pues obtendríamos experiencias fallidas como las alcanzadas en los países que adoptaron las formas más pedestres de marxismo. Sería igualmente un error comenzar por los paradigmas, pues una conciencia fragmentaria y por ende instrumental podría utilizar teorías científicas “sistémicas” para lograr más efectivamente sus fines miopes y egoístas y seguir así destruyendo la base de la vida y creando una sociedad cada vez más injusta y represiva (de hecho, el sistema de armamentos estadounidense fue concebido sobre la base de la teoría de sistemas, que es lo que proponen los abogados del “nuevo paradigma” como base de este último). Como bien señala Lao-tse:

«Para arreglar tu imperio, primero arregla tu provincia;
para arreglar tu provincia, arregla tu aldea;
para arreglar tu aldea, arregla primero tu clan;
para arreglar tu clan arregla tu familia;
para arreglar tu familia, arréglate antes a ti mismo.»

¹PNUD, *Rapport mondial sur le développement humain*, Economica, París, 1998, 254 pgs. Aquí se usó el resumen que hizo Dominique Vidal, bajo el título “Dans le Sud, développement ou régression?”, en *Le Monde Diplomatique* (París) de octubre de 1998 (p. 26).